

INTRODUCCIÓN TANGENCIAL

Prólogo a: Lolo, Eduardo. *Las trampas del tiempo y sus memorias*. Coral Gables, FL: University of Miami, Iberian Studies Institute, 1991. Páginas 7-14

Con las celebraciones del Quinto Centenario de la llegada de Colón al Nuevo Mundo, viejas y recientes polémicas se escucharon en ambos lados del Atlántico. Las mismas, independientemente de sus profundos y debatibles razonamientos, tal parece que hicieron del léxico su principal campo de contienda. Unos –a pesar de lo señalado por Pedro Henríquez Ureña– llamaron la efemérides el Quinto Centenario del Descubrimiento; otros, para minimizar los efectos negativos del vocablo tiempo atrás acuñado, crearon nuevas nomenclaturas tales como Encuentro, Quinto Centenario de la Evangelización, etc. Y hasta hubo quienes se aferraron a otras no muy populares pero igualmente significativas como Saqueo, Destrucción o Genocidio.

La polémica no era nueva ni me propongo aportar vocablo alguno a esa batalla de nominaciones con que se quiso remedar, cinco siglos después, las guerras que libraron indios y europeos. Cada uno de los bandos en pugna tenía *su* razón (la cual sus cofrades trataron, obstinadamente, de vender como *la* razón) y resultaba imposible quedar bien con unos sin, al mismo tiempo, ofender a los otros.

Pero, a más de 500 años de distancia del hecho inicial que alimentó la polémica, creo llegado el momento de abandonar ese daltonismo histórico que condiciona que muchos de nosotros (a uno y otro lado de la Mar Océana) continuemos viendo la historia en blanco y negro. Es hora ya de adicionarle al tiempo los colores faltantes, aunque en el intento quedemos, de momento, enceguecidos. Porque es el caso que el hecho histórico acaecido hace cinco siglos fue, realmente, un descubrimiento, un encuentro, un saqueo y muchas cosas más.

Así, cada 12 de octubre celebramos el aniversario de una simple (y grandiosa) obra humana, con tantos aspectos negativos y positivos como la naturaleza humana misma. Con la llegada de los europeos a esta parte del mundo se cometieron acciones que no pueden catalogarse sino como genocidio, destrucción cultural, torturas, violaciones, saqueos, asesinatos, esclavitud; pero ninguno de esos elementos era desconocido en la historia americana pre-colombina, antes bien constituían las características más comunes de los procesos de formación de imperios tales como el azteca. Ello, por otra parte, no reduce en un ápice el hecho histórico de que semejantes atrocidades alcanzaran, durante la colonización europea, niveles nunca antes conocidos en el Continente.

Paralelamente a tal intensificación de la barbarie –y aunque parezca una paradoja–, los españoles impusieron una ideología que prohibía la antropofagia, el homicidio ritual, el incesto y otras aberraciones sociales comunes en las civilizaciones indígenas. Pero, más importante que todo ello, trajeron una lengua provista de la más poderosa de las herramientas del hombre: la palabra escrita, con todas las implicaciones culturales, sociales, económicas y científicas que tal herramienta trae aparejadas.

El contrasentido, sin embargo, no se detiene ahí. Aquellos europeos (pocos) y aborígenes (en multitudes) que murieron durante el proceso de colonización, lo hicieron sin saber que daban vida, con sus muertes, a un hombre nuevo (que es algo mucho más importante que un Nuevo Mundo) el cual habría de sustituir en el continente, como fuerza social, a unos y otros. De esa sangre derramada y combinada surgirían, a corto plazo, un Inca Garcilaso de la Vega, una Sor Juana Inés de la Cruz; y a largo plazo, un Hidalgo, un Bolívar, un Martí, un Darío, y todos nosotros, los criollos. De manera tal que cada 12 de octubre celebramos, también, el Nacimiento de América

como tal, ya que aunque Colón erró su camino a las Indias, abrió –sin saberlo ni proponérselo– el que condujo a la creación del hombre americano. De acuerdo con lo anterior, la polémica efemérides se torna entonces la celebración de un parto. Sangriento y lleno de dolores y sentimientos encontrados como todo parto; pero con el final –siempre asombroso– de una nueva vida lograda.

Así las cosas, europeos y americanos nos sentamos a celebrar todos los años un nuevo aniversario de lo-que-quiera-llamarse con un camino a las espaldas tan lleno de gratitudes como incomprendiones. La diplomacia de los actos oficiales no puede ocultar del todo la desconfianza de los celebrantes, pero finalmente prima más todo lo que nos une y terminamos dándonos, por sobre la mesa, las manos de la historia; con una sonrisa. Pero esa sonrisa, si nos observásemos la sangre a través del alma, no duraría mucho, pues de inmediato, para nuestro asombro, nos percataríamos de que faltan, al menos, una silla y un comensal: el indio.

Porque es el caso que aunque los criollos somos, indiscutiblemente, el hombre americano, antes de nuestro nacimiento ya habitaban estas tierras otros hombres y mujeres (de quienes tenemos una parte) que no participaron completamente (salvo en la zona antillana) de nuestro proceso de creación. Son los indios sobrevivientes del parto, los que ocultos por selvas o montañas impenetrables, lograron mantenerse al margen de nuestro génesis sangriento. Ellos nos vieron, sorprendidos, nacer y, con el tiempo, ocupar el lugar que le arrebatamos a los europeos. Pasamos a ser ‘el amo’, amparados no tanto por nuestra proporción genética europea, como por el uso de esa herramienta que recibiéramos por herencia de los conquistadores. Los virreyes o capitanes generales pasaron a llamarse presidentes, mas para el indio el látigo siguió siendo tal, inmune al cambio de nomenclaturas.

Llega entonces ese huésped no invitado a la mesa de las celebraciones y todos permanecemos, como él, mudos. En el caso del indio tal mutismo no es nada nuevo. Dijo al respecto Jorge Enrique Adoum:

El indio se vengó de la Conquista con el silencio. El despojo total de sus pertenencias, incluso de gran parte de su cultura, por el blanco, le ha creado frente a éste una actitud de desconfianza. Su defensa es callar¹.

Pero nosotros no hemos callado. Desde un principio –ese de hace más de quinientos años– europeos y criollos hemos estado hablando del indio. Para bien y para mal. A favor y en contra. Con denuestos y alabanzas. El verdadero dueño de lo que nos hicimos dueños, se ha adueñado de nuestras mentes, nuestras obras, nuestros sueños y, también, nuestras pesadillas. Atacándolo y defendiéndolo hemos ido conformando toda una visión del aborigen de estas tierras –estructurada a través de cinco siglos– que cubre todos los géneros literarios americanos, desde las crónicas de los conquistadores hasta la más reciente investigación de un joven estudiante universitario. Tal parece que la venganza del indio ha sido no sólo permanecer, aparentemente, callado, sino que siempre lo tengamos presente, no pocas veces con un marcado (y justificado) complejo de culpa que no logran atenuar todas las palabrejas etnológicas con que usualmente nos referimos a él. Ciertamente ya desde la misma llegada de los españoles algunos indígenas intentaron alzar sus voces –como lo hicieron con sus rústicas armas– en defensa de sus derechos; pero, por lógicas razones lingüísticas, salvo pocas excepciones ninguno de ellos logró incorporar su texto al discurso de la época, por lo que el mensaje quedaría trunco, mutilado, a la espera del meticuloso trabajo de académicos de otros tiempos. De ahí que se considere que el indio, de manera general, ha permanecido

¹ Jorge Enrique Adoum, *La gran literatura ecuatoriana del 30* (Quito: Ed. El Conejo, 1984) p.87.

fundamentalmente mudo a través de cinco siglos. Sin embargo, esa mudez – como se verá más adelante– ha sido sólo aparente: los indios nos han hecho hablar por ellos, al hablar de ellos, aun cuando hablemos contra ellos.

Esa voz tangencial que ha utilizado el indio para hacerse oír, está presente en casi todos los escritos hispanos de referente indígena. Una voz subyacente –diríase que hasta clandestina– que cubre por igual desde un diario de abordaje renacentista hasta una monografía moderna. Así, la mudez del aborigen de estas tierras ha sido sólo superficial y su defensa mucho más activa que el silencio que señalara Adoum; su venganza ha sido, por lo tanto, de un refinamiento que ha escapado a nuestra idiosincrasia hispana. Al final quien quita que terminemos vencidos por la locuacidad del silencio indio.

El presente libro recoge cuatro ensayos que, directa o indirectamente, llaman la atención sobre esa voz tangencial indígena en la literatura hispana. Todos ellos están relacionados, de una forma u otra, con la visión que del aborigen del Nuevo Mundo hemos tenido europeos y criollos a través de la historia de la América hispánica. Dos conquistadores españoles (Bernal Díaz del Castillo y Hernán Cortés), dos de los más reconocidos escritores criollos del siglo XIX (José Martí y Domingo Faustino Sarmiento) y un novelista del siglo XX (Gregorio López y Fuentes), me sirven de materia prima en el intento, aun cuando los objetivos primarios de cada uno de los ensayos –en busca de la amenidad que aporta la variedad– sean diferentes.

Las visiones o interpretaciones de los cinco autores aquí estudiados son opuestas o complementarias, según se relacionen. Pero, cabe entonces preguntarse: ¿y hay una única realidad india? Por supuesto que no. Lo que comúnmente llamamos “el indio” es muchos indios a la vez, que es decir realidades múltiples capaces de provocar, aun a los ojos más entendidos, visiones varias, tanto compatibles como excluyentes. Así, el indio-Bernal y el indio-Cortés, incluso reflejando los mismos patrones, no son iguales; y ni qué decir del indio-Sarmiento y el indio-Martí –a pesar del paralelismo temporal– o las marcadas diferencias con todos ellos del indio-López y Fuentes, todavía anciano en alguna aldea mexicana, exudando desconfianza. Pero, más allá de exclusiones o contradichos, esos indios son, en alguna medida, *el indio*. Independientemente de las simpatías o los odios de sus creadores vehiculares, es su voz la que escuchamos a través de esos autores; que es decir: a través de nuestras propias voces de españoles o criollos.

El tema, pues, de la voz tangencial del indio, queda aquí planteado; quién sabe si como una proposición de relectura de toda la literatura de referente indígena con el fin de, aguzado el oído de la historia, escuchar ese discurso aborigen indirecto en nuestro propio discurso e iniciar así la recuperación definitiva de esa voz que espera. Tal planteamiento queda presentado en medio de los estudios específicos o generales (según el caso) de los autores seleccionados, sin pretensión alguna de agotar un tema como el del indio en nuestra literatura que, por lo demás, considero inagotable. En última instancia, mi intención queda circunscrita a la introducción de un recurso de la óptica aplicada a la literatura, al postular una nueva visión crítica a través de la siempre huidiza (y a veces engañosa) perspectiva de una tangente.

Mientras, como criollo que soy me echo a un lado e invito con un ademán –este libro– al huésped no invitado para que tome asiento. Sólo me corresponde –como máximo– la mitad, incómoda, de una silla (de una historia). Pero, con la devolución de la parte usurpada, doy el primer paso para retomar, entonces, toda mi porción de una voz que creía perdida. De lograrlo, habré alcanzado mi empeño al ensamblar esta obra, que quién quita no haya sido más que el intento de recuperación, como hispanoamericano, del camino encontrado y perdido hace más de quinientos años –cualquiera que sea su nombre– que conduce a mí mismo.

Nueva York, primavera del año 2001

Eduardo Lolo